

en frente del pueblo de Wich, por la derecha. Mientras tanto no se descuidaban los sitiados de hacer salidas, escogiendo para ello las horas de la noche. Imaginando los sitiadores que el no emplear el día era efecto de su poco arrojo, no observaban en la construcción de las obras todas las precauciones necesarias; y así, aprovechándose de este descuido, los sorprendieron en una ocasión, matando á muchos trabajadores, y destruyendo en gran parte las trincheras. Con esto fueron los sitiadores mas cautos, y no dieron lugar á que se repitiese la desgracia. Como careciese el campo español de trabajadores y peones suficientes para las obras del sitio, se suplió esta falta con soldados, y aun con oficiales. El mismo Farnesio dió el ejemplo cogiendo un azadon; tan interesado estaba en el éxito feliz y pronto de una empresa que iba á tener una grande influencia en las operaciones ulteriores de la guerra!

Terminadas ya las obras de la circunvalacion, privados los sitiados de todas sus comunicaciones con los de afuera, y facilitados los aproches, pensó seriamente el principe de Parma en un ataque formal que preparase los asaltos. Se deliberó en el consejo sobre qué punto comenzarian á jugar las baterías, y aunque él se inclinaba hácia la puerta de Bois-le Duc, se decidió por consejo de Barlamont, recién llegado al campo con la artillería gruesa de batir, que comenzase el ataque sobre la de Tongres. Se construyeron al efecto baterías con cestones, donde se colocaron cuarenta y seis piezas de gruesa artillería, que comenzaron al instante á hacer fuego sobre la parte de la muralla que parecia mas débil. Al mismo tiempo recorrian tropas ligeras los alrededores, con objeto de recoger faginas, piedras y demas materiales para la cegadura de los fosos. En frente de Wich se habia situado Cristóbal de Mondragon con su tercio, y Octavio de Gonzaga estaba apostado con cuerpos de caballería ligera, para hacer frente á cualquiera socorro de gente que pudiera llegar á los sitiados.

Abrieron las baterías de los sitiadores brecha, mas se percibió por la abertura que estaba detrás un terraplen con su foso, con lo que se vino en cuenta que habian comenzado por el paraje mas fuerte el ataque de la plaza. Dispuso inmediatamente Alejandro que se dirigiese otro por la puerta de Bois-le-Duc, como habia sido su primer proyecto, no suspendiéndose por esto el ya comenzado por el otro punto; con lo que fué atacada la ciudad por las dos partes. Apelaron los españoles al recurso de las minas, que el enemigo neutralizó por medio de la contramina. Hubo con este motivo de una y otra parte peleas subterráneas, en que los sitiados mostraron mucho arrojo; mas los sitiadores llevaron al fin las ventajas; y dirigidos los trabajos por un famoso ingeniero, llamado Plati, muy inteligente en estas construcciones, continuaron la mina por debajo del foso, y pusieron el cofre ú hornillo debajo de un baluarte. Concluidos los preparativos, se dió fuego, hallándose las tropas preparadas al asalto. Voló en efecto una parte del baluarte, y aunque la brecha era poco practicable, subieron por ella los mas esforzados, y llegados á la altura, se hallaron con que en medio del baluarte habian colocado los enemigos una trinchera con foso, y estacadas, de donde les hicieron fuego con toda seguridad, sin ser molestados por los nuestros. No atreviéndose estos á pasar adelante, conservaron su terreno, y quedaron dueños de los fosos de la plaza. Al mismo tiempo batia el conde de Mansfeld la puerta de Bois-le-Duc, con veinte y ocho cañones, y habiendo aguardado á que se secase un poco el foso que acababa de ser inundado por una avenida del Mosa, se preparó un asalto, tanto por esta parte, como por la correspondiente á la de Tongres. Todas las baterías hacian fuego al mismo tiempo, y las tropas estaban formadas delante de los puntos que les habian designado; por la parte de la puerta de Bois-le-Duc, el tercio de Lope de Figueroa, el de Francisco Valdés; diez compañías del conde de Altemps; compuestas de alemanes y borgoño-

nes, con otras cinco de quinientos valones. Otras ocho de este mismo jefe, estaban de guarnicion en uno de los fortines de que la linea de circunvalacion se componia. Se hallaban hácia la puerta de Tongres el tercio de Fernando de Toledo; seis banderas alemanas de Jorge Fronsberg, los que mandaba el conde de Barlamont, parte de los de Carlos Fugier, habiendo quedado la otra en la guardia del fortin que tenian á su cargo. Antes de dar la señal de asalto arengó el principe de Parma á los soldados, haciéndoles ver la importancia de la toma de una plaza frontera de Alemania, y á cuya conquista seguiria la de todas las provincias valonas fronterizas á la Francia. Les hizo ver que sobre ellos estaban fijos los ojos, no solo de los Países-Bajos, sino de toda Europa, por donde habia cundido la fama de aquel sitio; que de sus esfuerzos iba á depender el buen éxito de las conferencias celebradas entonces en la ciudad vecina de Colonia, donde el rey de España tenia sus negociadores; que la guarnicion de la plaza de Mastrich se componia de hombres, á quienes acababan de vencer en las cercanías de Amberes, y por último, que no dejaria de asistirles la victoria, por ser la causa que servian la de Dios, habiendo ya recibido una indulgencia plenaria por el órgano de su vicario. Si estaban inflamadas de entusiasmo las tropas sitiadoras, no se hallaban abatidas las sitiadas. Tanto los vecinos de la plaza como los soldados, habian mostrado el mayor celo en la construccion de las obras de defensa y demas cosas necesarias. Todas las clases rivalizaban en ardor, y las mujeres no se mostraban menos animosas que los hombres. Se regimentaron una porcion de estas, haciendo el servicio importante de conducir faginas, viveres y municiones á los parajes mas expuestos, de retirar y cuidar de los heridos. A veces combatian en persona en los parajes mas peligrosos. Sebastian Tapino daba á todos el ejemplo, y hacia ver lo importante que era para la causa de los Países-Bajos la defensa de una plaza como Mastrich, llave de la frontera,

por donde les entraban tantos socorros de Alemania.

A la señal del asalto, embistieron de una vez todas nuestras tropas. Acometió por la puerta de Bois-le-Duc el tercio de Figueroa, donde se hallaban una porcion de aventureros italianos. Aunque llegaron estos á colocarse sobre los muros de la plaza, hallaron una resistencia tal, que tuvieron que retirarse con muy grande pérdida. Se rehicieron sin embargo, pronto, y volvieron al asalto, trepando por las ruinas de la brecha, pero con muy poco orden. Defendíanse los de adentro con mucha valentia. Hasta los paisanos y labradores recogidos dentro de la plaza, acudieron con hoces, con guadañas, con instrumentos de trillar, con aros de barricas embreados y encendidos, con piedras, con agua hirviendo, y diversas materias inflamadas. Se trabó con esto una sangrientísima pelea, y aunque crecía el coraje de los asaltadores con tanta resistencia, tuvieron que ceder el terreno, y abandonar la esperanza de subir á lo alto de los muros. Por otra parte les ofendía mucho una especie de castillo ó torreón, que situado á un lado de la puerta de Bois-le-Duc, los batió de flanco, mientras los de en frente, cuyo número crecía á cada instante, los repelian muy encarnizados. Al fin se vieron obligados á retirarse los asaltadores, despues de haber tenido muchos muertos, y llevándose consigo mayor número de heridos.

No fueron mas felices los que atacaron por la puerta de Tongres, donde capitaneaba á los de adentro el capitán español Manzano, que daba un grande impulso á la defensa por sus compromisos personales, siendo desertor de las filas españolas. Con igual furia fueron repelidos los asaltos, y los mismos instrumentos de resistencia se emplearon por los paisanos, y hasta las mismas mujeres, que con frecuencia se presentaban en las brechas. Valió poco en estos dos asaltos una estratagema empleada por el maestre de campo general, conde de Mausfeld, haciendo esparcir entre los asaltadores de la puerta de Bois-le-Duc, que se habian apoderado ya de los muros, los

que acometian por la de Tongres, y á éstos, que se habian conseguido iguales ventajas por aquellos. Al principio redobló esta noticia los esfuerzos de unos y otros, no queriendo ser menos que sus compañeros; mas llegó pronto el desengaño, convirtiéndose en desmayo lo que habia sido un acrecentamiento de coraje. Sirvió esto mismo para encender de nuevo el de los defensores por el sentimiento de rivalidad que naturalmente animaba á los que resistian á los españoles por una y otra puerta.

Se obstinaba Alejandro, á pesar de estos desastres, en no dar la orden de recogerse á los asaltadores. Para animarlos con su ejemplo, quiso correr á las brechas, armado de una pica; mas habiéndoselo disuadido los suyos, por los desastres á que los expondria el aventurar de este modo su persona, se vió obligado á mandar lo que tanto lastimaba su amor propio.

Fué este asalto en extremo desastroso para las armas de Alejandro. A cuatrocientos llegó el número de los muertos, y al doble el de los heridos que quedaron fuera de combate. Creció con esto el ardor y denuedo de los sitiados, que contaban siempre con los auxilios que les habia ofrecido el príncipe de Orange. Pero el de Parma, en lugar de arredrarse con los tristes resultados de una inútil tentativa, trató de regularizar mas el sitio, y asegurar su campo contra los ataques de los de afuera antes de acometer la plaza á viva fuerza. Construyó para esto una línea de contravalacion, que terminaba en las mismas orillas del rio por sus dos riberas. Se erigieron en la parte de la izquierda cinco fortines ó castillos, que se flanqueaban mutuamente, y el mismo número por la derecha. Y tal fué la maestria con que estaban estas obras construidas bajo la direccion de Serveloni, que hallándose ya en camino el cuerpo auxiliar que enviaba el príncipe de Orange al mando de su hermano, tuvo que retroceder convencido de lo inútil de la tentativa.

Acudió entonces el príncipe de Orange á la junta ó asamblea de Colonia, y que mencionaremos á su debido

tiempo, para que mandase suspender el sitio de Mastrich, como que eran incompatibles aquellas hostilidades con unas conferencias, en que se trataba de establecer la paz en los Países-Bajos. Mas Alejandro hizo que no se diesen oídos á esta insinuacion, exponiendo el derecho que tenia el rey de España de continuar contra sus subditos alzados, á pesar de que se negociase al mismo tiempo en favor de los que en lo sucesivo volviesen á entrar en la obediencia. Así no se suspendieron las operaciones del sitio ni un momento, y Alejandro, mas mirado en dai asaltos, trató de destruir por medio del cañon las obras de defensa en que mas se apoyaban los sitiados.

Habian construido estos por la parte de la puerta de Bois-le-Duc una obra avanzada, especie de rebellin, á quien daban el nombre de broquel, con dos recintos, defendidos cada uno con su foso y cortaduras. Para su expugnacion, hizo construir Alejandro, con tierra, con vigas y tablones, una especie de plataforma en cuadro, de ciento y quince piés cada lado, y de altura ciento treinta y cinco. En su altura mandó colocar cuatro piezas gruesas de batir, que dominaban la obra exterior de los sitiados. No resistió esta mucho á los tiros de la plataforma. Mientras caian sus murallas, avanzaban las tropas de Alejandro, y de un recinto á otro, llegaron á hacerse dueños de la fortaleza.

Destituida la plaza de esta defensa, y con sus brechas á cada momento mas abiertas, se ofrecia mejor coyuntura al príncipe de Parma para ordenar un nuevo asalto. Pero sabedor de que los enemigos habian construido detrás de las murallas un nuevo atrincheramiento con su foso, trató de llevar su artillería sobre los mismos muros, para combatir desde allí la nueva obra construida. Era dificultosísima la operacion, pues se necesitaba construir un puente sobre el foso, que tenia de ancho mas de treinta varas. Sin embargo, con tablas, con vigas, con auxilio de mas de tres mil trabajadores, se consiguió el objeto deseado. No desmayaban por eso los de adentro.

Detrás de su nuevo atrincheramiento aguardaron un asalto, que tuvo lugar el 24 de junio de 1579. Se renovaron con este motivo las escenas de animosidad y de furor, con que unos y otros se embistieron. Fueron los españoles no tan desgraciados en este asalto como en el anterior; mas aunque hicieron retroceder á los sitiados de su atrincheramiento, al que por su figura daban el nombre de media-luna, todavía les quedó á estos otro refugio, al abrigo de una especie de trinchera que se había construido detrás de la primera.

Por entonces enfermó Alejandro, y aunque no de modo que le impidiese dar órdenes y tomar disposiciones, tuvo que guardar cama mientras se acercaba, y tuvo lugar aquel asedio. Se hallaban ya dueños de cerca de media ciudad los españoles, y el príncipe, deseoso de salvar de la destruccion una plaza tan rica é industriosa, les ofreció una capitulacion, con no muy duras condiciones. Tan animosos estaban los de adentro, tan ilusionados con la esperanza de un próximo socorro, ó tal vez tan desconfiados de un buen trato por parte de los vencedores, con quienes se hallaban por la mayor parte muy comprometidos, que negaron oídos á la proposicion, exponiéndose á los azares de otro asalto.

Tuvo este lugar el 29 del mismo mes y año, y por esta vez se decidió la fortuna completamente en favor de los asaltadores. A pesar de la obstinada resistencia, de la desesperacion con que vendian caras sus vidas, quedaron destruidos sus últimos reparos, y los de Alejandro dueños absolutos de la plaza. Usaron de su victoria con una furia proporcionada á la resistencia, y sedientos de venganza, pasaron á cuchillo á cuantos encontraron. No se ensañaban menos en las mujeres que en los hombres, recordando la parte activa que habían tomado en la defensa. Recorrieron las calles, las plazas, buscando víctimas, y de los balcones y de los mismos techos arrojaban á la calle las personas que encontraban. Saciada la sed de sangre, comenzó el pillaje. Por tres días duró el saqueo

de aquella ciudad rica, manufacturera, provista de grandes almacenes, donde se encerraba el producto de sus artefactos. Cupo al arrabal de Wich la misma suerte que al cuerpo de la plaza. En sumas inmensas se evaluó el botin de las tropas vencedoras. A grandes cantidades ascendió el rescate de los prisioneros, y de los mismos géneros de que se desasieron los vencedores, por serles de ningún valor para su uso propio.

Cayó la plaza de Mastrich al fin de cerca de dos meses de un asedio tan obstinado por una y otra parte. Perrieron ocho mil de los sitiados, y entre ellos nada menos de mil setecientas mujeres, prueba evidente del valor con que estas habían contribuido á la defensa. A dos mil quinientos ascendió el de las tropas sitiadoras, pérdida considerable, que manifiesta bien la valerosa obstinacion de los sitiados.

Mientras tanto permanecía enfermo en su campo el príncipe Alejandro, llegando sus dolencias al punto de temerse por su vida. No tardó mucho en recuperar la salud, aunque pasó algun tiempo antes de volver á su actividad acostumbrada. Cuando se hallaba en su primera convalecencia, le aconsejaron los suyos á que entrase en la ciudad á gozar el espectáculo de su conquista. Así lo verificó el príncipe, con todo el aparato y pompa militar de un triunfo. Le precedía lo mas escogido de las tropas, tocando sus clarines con banderas desplegadas. Iba el príncipe sentado en una silla cubierta de paño de oro, llevada en hombros de cuatro oficiales españoles, que de trecho en trecho se relevaban por otros de la misma nacion, pues quisieron tener exclusivamente dicho honor, y alrededor de su persona marchaban á pié el maestre de campo general y los principales jefes del ejército. En esta forma llegó el acompañamiento á Mastrich, en donde entró por la brecha que se había practicado cuando el primer asalto por la puerta de Bois-le-Duc, dirigiéndose en seguida todos á la catedral, donde se cantó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias.